

75.07.0000

LA INTEGRACIÓN EN AMÉRICA LATINA SITUACIÓN Y PERSPECTIVAS

Luis MAIRA
Mónica HIRST
Roberto RUSSELL
Fernando MASI
José Félix FERNÁNDEZ E.
Graciela RÓMER



**FLACSO
PARAGUAY**

FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES (FLACSO)

REG. 00004928
CUT. 16909
BIBLIOTECA - FLACSO

Primera Edición: Mayo de 2007

BIBLIOTECA - :) - E C
Fecha: 09-07-2007
Carrera:
Proveedor:
Colección:
Donación: Flacso Paraguay

© FLACSO / Paraguay

Edición: Feliciano Peña

Impresión: Ediciones y Arte S.A.

Asunción - Paraguay

Hecho el depósito que marca la ley

Índice

Presentación	5
Francisco Rojas Aravena - Prólogo	9
Luis Maira	17
Mónica Hirst	71
Roberto Russell	81
Fernando Masi	111
José Félix Fernández Estigarribia	161
Graciela Römer	193
Domingo Rivarola - Clausura	217

Luis Maira*

LA INTEGRACIÓN EN AMÉRICA LATINA:
SITUACIÓN Y PERSPECTIVAS**

Siempre fue un agrado venir al Paraguay. Estuve aquí la primera vez en 1966 y como lo recordaba José Félix Fernández Estigarribia, mantuve una porfiada presencia en este país que es parte del corazón de América del Sur. Por ello, constituye un doble placer venir a participar en la instalación de la sede de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) en Asunción: volver a Paraguay y acompañar el inicio de la gestión como Director de Domingo Rivarola, una figura relevante en la sociología latinoamericana.

El tema que me han propuesto, se resume en la idea “América Latina y el proceso de integración”. Deseo ordenar mi exposición en torno a cuatro notas: en primer lugar, me interesa mostrar

* Luis Maira, chileno y ha participado intensamente en la vida académica y política de su país en las últimas décadas. Fue Diputado en tres períodos desde 1965 - 1973. Vivió 11 años en el exilio en México, donde fue fundador del CIDE y el primer Director del Instituto de Estudios de Estados Unidos. De regreso a su patria fue uno de los dirigentes del movimiento democrático que puso término a la dictadura de Pinochet. Secretario General del Partido Socialista y Ministro de Planificación y Cooperación. Fue Embajador de Chile en México y desde agosto de 2004 es Embajador de Chile en Argentina. Autor de 14 libros y de más de 100 artículos académicos sobre relaciones internacionales de Estados Unidos y de América Latina.

** Conferencia dictada con ocasión de la inauguración de la sede de FLACSO en Asunción, Paraguay 23 de octubre de 2006.-

cómo el proceso de integración es una demanda externa, que esta vez se proyecta sobre América Latina desde la racionalidad y la lógica del gran cambio internacional de los años recientes. Segundo, hacer una reflexión sobre qué es hoy América Latina a la luz de esas modificaciones y cambios tan sustantivos. Tercero, observar directamente el proceso de integración, acotado al espacio sub-regional de América del Sur, a los doce países que la conforman. Y finalmente quiero cerrar esta exposición con una reflexión sobre las tareas para impulsar la integración de América del Sur, con sus luces y sus sombras, sus posibilidades y desafíos.

La pregunta inicial sería la siguiente: ¿En qué mundo estamos y de qué modo impacta el espacio latinoamericano? Nunca debemos olvidar que el mundo del que es parte América Latina, como una región secundaria, determina muy nítidamente nuestras estrategias internacionales y nuestros espacios. No podemos prescindir de ese gran entorno externo al que cada cierto tiempo se nos ocurre culpar de todos nuestros infortunios y desgracias, para pendularmente, también, retornar a una mirada más introvertida, más latinoamericana para encontrar aquí las causas de nuestros atrasos y limitaciones.

En cualquier caso, el entorno externo es un primer asunto a tener en cuenta en cualquier examen de la integración y aquí partiría subrayando la inmensa, y no siempre bien apreciada significación de ese pequeño “big bang” del desarrollo mundial, que ocurrió entre los años 1989 y 1991, en que asistimos brusca y contra todo pronóstico - superando incluso la capacidad de prevención de la comunidad de inteligencia de los EE.UU. que trabaja para predecir las grandes tendencias estratégicas del mundo - al ocaso de la Unión soviética, uno de los actores que organizó el mundo de la postguerra, la URSS, desapareció y, con ella, todo un proyecto que determinaba la lógica del escenario

global. El fin del bipolarismo y de la guerra fría fue un hecho tan inesperado como el detonante de una modificación en el funcionamiento del sistema internacional.

El más grande de los historiadores vivos de hoy, Eric Hobsbawn, calificó esto como “un cambio epocal”. No como una mera reestructuración del sistema internacional como otras que se habían dado durante el mismo siglo XX, sino como el fin de una era histórica; como una suma de los cambios de mayor trascendencia que se producen desde las grandes revoluciones liberales del siglo XVIII. Nos remeció el término de una era y el comienzo de otra nueva; una era que desde el punto de vista del funcionamiento del sistema internacional estaba bien reflejada en la idea del bipolarismo: en la hegemonía de dos potentes actores, las mayores superpotencias de la historia, vencedoras de la segunda guerra mundial y del eje nazi-fascista y el nacionalismo japonés. Es decir, la Unión Soviética y los EE.UU.

Pero como la mayoría de los teóricos de las relaciones internacionales lo percibieron desde el comienzo, estábamos frente a dos superpotencias que tenían tras sí un proyecto del hombre, del mundo y de la historia, sustancialmente antagónicos. Era la confrontación entre dos sistemas económicos y sociales, entre dos formas de organización política: “o vivir como en Washington o vivir como en Moscú”, sostuvo George Kennan, el famoso estratega norteamericano y embajador en la Unión Soviética, poco después de la segunda guerra mundial.

El experto neoconservador, Norman Podhoretz, uno de los principales autores de la corriente que precedió al ascenso del presidente Reagan a la Casa Blanca, escribió un libro en vísperas de la elección presidencial de 1980 que tituló *The Present Danger*. Su idea sobre “el peligro actual” llevaba ya en su formulación la concepción que más tarde, se haría famosa en la nueva teoriza-

ción de Samuel Huntington: “un choque de civilizaciones”. La idea del choque de civilizaciones para Podhoretz consistía en la incompatibilidad entre la concepción de la vida y la organización del Estado y la economía en el modelo soviético y en el modelo norteamericano.

El proponía una ofensiva profunda de Estados Unidos, como la hizo Ronald Reagan, para arrinconar y tratar de derrotar al que se percibía, en ese momento como una potencia mas fuerte que los EE.UU. incluso como una potencia militar. Por lo tanto, la lógica dominante en el mundo, prácticamente desde el fin de la segunda guerra mundial hasta el final de la Unión Soviética, estuvo dada por la idea de la bipolaridad.

La Unión Soviética y los EE.UU. eran los líderes, en todos los frentes, de un extenso bloque de países, por más que hubo unas cuantas naciones que intentaban desmarcarse en el difícil espacio del no alineamiento. Los EE.UU. y la Unión Soviética eran así las cabezas política, militar, económica y tecnológica de dos grandes bloques en los que se dividía el mundo durante la guerra fría. Podemos agregar que no es posible encontrar otro momento en la historia contemporánea en el cual la organización que hacía parte de nuestro sentido común internacional, se modificara tan drástica y sorpresivamente como al final de los años ochenta.

Pero lo más notable, y lo que hace al cambio epocal del que habla Hobsbawm, es que la sustancial reestructuración del sistema internacional, tuvo lugar en los mismos años en que maduraba una profunda revolución científico-técnica, la tercera revolución industrial que trajo nuevos sectores líderes en la economía, como la micro electrónica y la computación, la industria de nuevos materiales y las bio-tecnologías, que posibilitaron una nueva manera de concebir el proceso productivo con más

automatización y robotización. Obviamente, esto reordenó el funcionamiento de las empresas y le dio una nueva dimensión a la corporación transnacional, que terminó modificando la propia visión del Estado, reduciendo la soberanía, y colocándonos en un terreno nuevo, desconocido, desconcertante. Los latinoamericanos vivimos muy mal ese cambio; nos molestó la globalización; por largos años la gente que se sentía progresista entendía que su tarea era exorcizar la globalización, más que aprender a navegar en ella, a “surfearla” como gráficamente dijimos en un encuentro en 1994, bajo la convocatoria de la UNESCO, en Brasil.

Gobernar la globalización, navegar sobre ella, movernos con sus dificultades y sus problemas, y entenderla: eso coincide con lo que ya nos enseñaron los maestros de las ciencias sociales en el siglo XIX: que la realidad no hay que negarla, hay que tratar de conducirla. Pero en América Latina, por largo tiempo, se ha esfumado esa tendencia; se prefiere condenar los aspectos negativos de este proceso de desarrollo de las fuerzas productivas y no intentar trabajar con sus dificultades, dentro de ella, para convertir los elementos del cambio tecnológico y la reorganización del sistema internacional en algo que nos permita un mejoramiento de las condiciones de vida y del desarrollo de los países de América Latina.

Lo que se debe decir es que con este cambio epocal, estamos ante el mayor ajuste internacional en un largo tiempo ¿Que vino después del fin de la Unión Soviética, del campo comunista, del Consejo de Ayuda Mutua Económica y del Pacto de Varsovia?. Lo que se estableció no fue un nuevo orden internacional de reemplazo y aquí podemos apoyarnos de nuevo en las orientaciones y enseñanzas de los mejores historiadores de las relaciones internacionales. Lo que tenemos que tener en cuenta es que cuando se acaba un orden mundial, no aparece otro de inmediato, sino que entramos a un tiempo de búsqueda, de transición, de

acomodo, que puede ser más largo o más corto, según la lucidez de los estadistas y según la profundidad de las propuestas que surjan en particular en el campo de las relaciones internacionales.

Paul Kennedy, en su importante historia de casi cinco siglos de las relaciones internacionales, que tituló “Auge y Caída de las Grandes Potencias”, publicada tres años antes de la caída del muro de Berlín, hacía ya una reflexión histórica pensando en las tendencias de inicios del siglo XXI, en el sentido de que, si se modificaba el orden internacional, tendría que venir la gestación de uno nuevo, quizás en un tiempo prolongado. Y en eso estamos: uno podría hablar de que al final de la guerra fría lo que vienen son dos determinaciones provisionales. Los expertos hablan en el plano político de la posguerra fría y, desde el punto de vista económico de la globalización, entendida como este proceso de mundialización económica propio de esta época, sabiendo que en el siglo XIX y hasta la primera guerra mundial se dio también una tendencia globalizadora de la economía. Solo que esta vez se hace en un marco tecnológico y de expectativas productivas y sociales muy distinto de la tendencia global que antes presidió el período victoriano de la hegemonía británica. Pues bien, a este tiempo de la posguerra fría y la globalización, los más agudos analistas lo dividen en dos fases, aunque solo llevamos quince años desde la caída del muro de Berlín.

La fase uno: corresponde a una etapa de la globalización más incierta, entre la caída del muro de Berlín y los atentados en Washington y Nueva York de setiembre de 2001; la fase dos: corresponde a una coyuntura más compleja, pero al mismo tiempo con más certidumbre que se instala bajo la conducción norteamericana, concretamente la del presidente George W. Bush, y ahora estamos haciendo nuestro trabajo con más dificultades y problemas; ¡Qué mundo es éste! El otro que era bipolar lo conocíamos perfectamente, era un mundo que nos permitía predicciones y hasta juegos a los países en desarrollo. Sabíamos

hasta dónde se podía ir lejos de EE.UU., cuánto uno podría aproximarse tácticamente a la Unión Soviética o a algunos de los países del bloque comunista, en qué momento teníamos que poner un freno para que esto no se constituyera en un reto demasiado abrumador que pudiera traer como consecuencias la desestabilización.

Visto en perspectiva, el tiempo de la guerra fría fue un tiempo en el cual no había espacio para unas terceras vías. Al final, si en algo se pusieron de acuerdo ambas superpotencias, fue especialmente cuando Henry Kissinger abrió, a comienzos de los 70, una nueva fase de la guerra fría, en 1971, una política de distensión incorporando a la República Popular China al juego y armando un esquema pentagonal con la Comunidad Económica Europea, a la vez que con el Japón. De esta manera, Washington consiguió formar un doble triángulo invertido, con EE.UU. en la punta de ambos; un triángulo de acumulación de fuerzas con Europa y Japón que originó la famosa Comisión Trilateral en 1975 y otro de conflicto con la URSS y China ya envueltas en una disputa ideológica y de liderazgo por la marcha y contenido del proyecto comunista.

Esta etapa de la “política de detente” tornó transparente una idea que estaba clara al comienzo de la guerra fría y era que existían zonas de influencia implícitas para las dos super potencias en el sistema internacional, y que por lo tanto, si alguien se salía de la fila, allá o acá, la super potencia correspondiente podía tomar las medidas del caso a través de procedimientos directos de intervención. Hoy estamos celebrando los cincuenta años de la revolución húngara de 1956, la primera intervención soviética masiva y brutal con sus tanques y efectivos pisando Budapest; asimismo, no olvidamos el impacto de la primavera de Praga y la intervención en agosto del 78, de la antigua Checoslovaquia. Tampoco cabe olvidar el conflicto polaco de 1980 que culminó con la Ley Marcial de 1981.

Pero esto que pasaba en el bloque del Este en el espacio controlado por la Unión Soviética, donde EE.UU. promovía firmes protestas, pero sin hacer nada sustantivo en términos de cambiar las cosas, tenía su equivalencia en la intervención norteamericana en Guatemala contra el presidente Jacobo Arbenz, acusando a un reformista de comunista por haber intentado una reforma agraria que afectaba propiedades norteamericanas; o la desestabilización y la invasión de Santo Domingo en 1965, contra el proyecto del Coronel Francisco Caamaño. Igualmente, la desestabilización chilena estudiada prolijamente por un Comité del Senado de los EE.UU., desmitificando definitivamente la versión de que el gobierno del presidente Allende fue destituido solo por la acción de coaliciones internas, por activo que haya sido su papel, sino por un designio de EE.UU. en función de su estrategia global. Esta acción fue una respuesta a la nacionalización de las empresas norteamericanas del cobre en Chile, aplicando la “Doctrina del descuento de las rentabilidades excesivas” en la indemnización de cobre de las plantas del Anaconda, Kennecott y Cerro Corporation que Washington estimó que cuestionaban al conjunto de las inversiones norteamericanas en el mundo, que en ese momento llegaban a cien mil millones de dólares.

No hubo terceras alternativas, ni terceros caminos, en los tiempos de la guerra fría. En contraste es interesante mirar cómo es el mundo desde 1990 hasta hoy; es un mundo que lo único que no tiene es el bi-polarismo que desapareció para siempre; es un mundo en parte unipolar y en parte multipolar. De allí que la sutileza y calidad de las políticas exteriores de los diferentes países del mundo y por cierto de los latinoamericanos, consiste en advertir en qué consisten las exigencias y cuáles son de los límites de la unipolaridad, donde ella funciona y qué espacios abre, en cambio, el ámbito de los asuntos multipolares.

El mundo de la postguerra fría es un mundo unipolar en dos campos principales: el militar y el comunicacional. No es poco. EE.UU. – lo dice el último informe del Instituto de Asuntos Estratégicos de Londres, que mide el gasto en defensa en la mayoría de los países-, gasta en ese rubro el equivalente al de los treinta y dos países siguientes en el monto del gasto militar. Estamos hablando de que el gasto militar norteamericano que ya se acerca a los quinientos mil millones de dólares y que ha crecido notablemente, de hecho doblándose desde mediados de la década pasada, suma más que el gasto de Alemania, Gran Bretaña, Francia, Canadá, República Popular China, Japón, Australia y hagamos la lista de los países medianos hasta llegar a los treinta y dos que nos propone el informe del mencionado Instituto.

O sea que EE.UU. tiene un grado de ventaja en el manejo de los asuntos militares y una superioridad tecnológica en todas las esferas de armamentos que es enteramente incontrastable. Sin embargo, el Profesor Joseph Nye de la Universidad de Harvard ha hecho una reflexión muy pertinente respecto a este poderío militar. Ha dicho dos cosas: primero, que la gran lección que dejó la guerra de Vietnam es que EE.UU. no debe preguntarse cómo entrar a un país y cómo lo controlan, sino cuándo y cómo salen de él dejando un orden político estable detrás; y segundo, si uno tiene mucha capacidad militar puede actuar en dos, tres y hasta cuatro frentes simultáneos si quisiera, aludiendo solo a sus capacidades técnicas. Pero, además, tiene que considerar el manejo político, la sensibilidad internacional y el funcionamiento de los organismos de la comunidad internacional ante esas decisiones; a lo que los EE.UU. debe prestar mayor atención. Pero lo que se observa en el gobierno de Bush es que disponiendo de un enorme e incontrastable poder militar, Estados Unidos presenta una capacidad operativa que, desde el punto de vista de la inteligencia política, está por debajo de las capacidades militares de

acción. Por ello, EE.UU. debe reconocer que el “soft power”, el “poder suave”, el poder blando que se basa en la influencia, el prestigio, la cooperación es de vital importancia, más allá del “poder duro” de las fuerzas armadas y su armamento.

Como se señaló, también en segundo lugar, el mundo es unipolar en lo comunicacional. Me gusta citar un diálogo que tuvo una vez Zbgniew Brzezinski, el ex Consejero de Seguridad Nacional y por muchos años autoridad máxima del área internacional de la Universidad de Columbia en Nueva York en un encuentro realizado en el Observatorio de Geopolítica en la Universidad de Lyon en Francia. Allí un grupo de expertos europeos sostuvieron la idea, que le gusta sobre manera a los europeos y en especial a los franceses, que la hegemonía norteamericana se debilitaba y el poder militar de los EE.UU. había llegado a su límite. En esa línea, expusieron toda clase de argumentaciones y de cálculos y finalmente Brzezinski hizo salir una réplica breve en un frente completamente distinto. Les dijo: ustedes han hablado mucho de las fuerzas militares y eso está por verse; hay que ver cómo ordenan los países sus estrategias y sus gastos hacia delante, pero yo quiero examinar otra cosa-, les señaló-, cuatro de cada cinco palabras y cuatro de cada cinco imágenes que circulan en el mundo son norteamericanas. EE.UU. decide la imagen del mundo e influye tanto en las áreas que tiene acuerdos como desacuerdos. Díganme ustedes, ¿se les ocurre que un país que controla el 80% de la comunicación mundial puede ser una potencia en decadencia? Los expertos europeos tuvieron poco que decir frente a esta argumentación. Entonces, estamos en un mundo unipolar con dos esferas decisivas: la militar y la comunicacional.

Pero este mismo mundo tiene espacios mucho más fluidos en la esfera económica y en la política. Hubo gobiernos latinoamericanos que duraron seis meses en los tiempos de la guerra fría por sus críticas a Washington; ahora, en cambio encontramos frases

dichas por gobernantes latinoamericanos que antes habrían originado eficaces acciones de la comunidad de inteligencia de Estados Unidos, para desestabilizarlos y sacarlos del poder. El tiempo de la postguerra fría es, para estos efectos, un tiempo de mucha más flexibilidad y espacios en América Latina y no solo por la voluntad de los electores latinoamericanos, que han ejercido sus opciones en muchos países eligiendo gobiernos del centro hacia la izquierda en los años recientes, sino por la dinámica del escenario internacional, aún considerando la línea más dura del actual presidente norteamericano.

Es que en las esferas económica y política se ha producido una mayor multipolaridad, una mayor amplitud del abanico de opciones y eso es algo muy bueno para nosotros. Es un dato de la nueva realidad internacional, que EE.UU. ya no es de modo automático el líder económico del “mundo libre” como se llamaba hasta 1989. Es la cabeza de una de las macroregiones más poderosas del mundo, la que se armó en 1993 con el Tratado de Libre Comercio (TLC) con México y Canadá; pero mayor poderío en el PIB regional tiene la Unión Europea con sus 27 miembros actuales y tendrá mucho más a medida que aumente el número de sus miembros y se perfeccione la coordinación del poderío desordenado pero gigantesco que hoy tiene desde el punto de vista económico y tecnológico.

Existe un tercer gran actor regional que es Asia Pacífico, donde conviven con problemas, pero también con espacios de cooperación, la segunda economía industrial que es Japón y el mayor país emergente que es China, además, de muchos otros de los llamados “tigres asiáticos”. Entonces, el mundo económica-mente es un mundo tripolar cuanto menos y la tarea de los que estamos en algunas de las regiones del mundo en desarrollo, a mi juicio, es avanzar para construir nuevas macro regiones, nuevos espacios ampliados y ése, en mi criterio, es el reto de América Latina.

Una última idea, en esta primera parte de mi exposición, es que las condiciones de funcionamiento del mundo del siglo XXI ofrecen una mayor autonomía relativa a la región latinoamericana y en particular, a la subregión de Sudamérica. ¿Por qué razón?: porque EE.UU., después del atentado del grupo Al Qaeda en setiembre de 2001 en Nueva York y Washington, lo que hace es reformular su Doctrina de Seguridad Nacional para proclamar la guerra global contra el terrorismo y una política de intervenciones preventivas cada vez que se sienta amenazado por este nuevo enemigo no estatal, formado por el conjunto de las organizaciones radicales islámicas y para ello reordena sus capacidades de fuerza y de intervención en función de la amenaza de este enemigo, que es el fundamentalismo islámico.

En este cuadro, América Latina tiene solo cuatro focos que interesan a la estrategia antiterrorista norteamericana. El primer escenario apunta al sellado de las dos fronteras mexicanas, la del norte, viejo tema, hoy con el muro de 1.200 kilómetros de largo propuesto en los 3.200 kilómetros de frontera entre los dos países; Pero el dato nuevo es el intento de sellar la frontera sur con México, Guatemala y Belice, la porosa región del Río Suchiate.

Con el Embajador José Félix Fernández Estigarribia hemos hecho varias visitas en el Estado de Chiapas, el Estado fronterizo más poroso del sur mexicano, en la frontera con Guatemala. Yo recuerdo perfectamente cómo una mañana en las lagunas de Montebello, un lugar muy hermoso y turístico, uno podía contratar por dos pesos a un botero mexicano, que sin pasaporte y sin visa, lo llevaba a uno a almorzar en Guatemala y lo mismo hacía con toda la gente que estaba dispuesta a usar sus servicios. O sea estamos hablando de un espacio donde no hay instalaciones estatales, ni señalamiento de fronteras, ni impedimentos; donde uno no sabe exactamente en qué momento salió de un país y entró al otro o al revés, al regreso.

Esa frontera obsesiona a los expertos norteamericanos que están pensando en barreras administrativas y materiales para asegurar su control, porque lo ven como el lugar desde el cual pueden pasar hacia el norte elementos de las diecinueve organizaciones árabes fundamentalistas que están en el listado terrorista del Consejo de Seguridad Nacional, dado que Al Qaeda dista de ser la única.

La segunda amenaza geográficamente son las *maras* centroamericanas, hijos malditos de la intervención de estados Unidos en la crisis de los años 80. Entonces en esos años para combatir a los sandinistas en el poder e impedir que llegaran a él el FMLN en El Salvador y la URNG en Guatemala les dieron facilidades a los países conservadores amigos, para mandar gente con estatutos migratorios más flexibles a EE.UU. Así se instalaron novecientos mil salvadoreños en Los Ángeles. Estos inmigrantes tuvieron desacuerdos con las bandas coreanas de los barrios vecino y, en consecuencia, se organizaron en pandillas, armaron las Maras y ahora se tienen cien mil mareros centroamericanos de vuelta que actúan con extrema violencia; pero, que además, conocen los caminos y atajos para regresar, puesto que dejaron una base de apoyo en las ciudades norteamericanas.

Esta segunda obsesión de los EE.UU. ha originado hasta Cumbres Centroamericanas de Jefes de Estado para considerar este tema, para tratar de tomar el control de unas fronteras precarias e impedir que esta gente ocupe habitualmente los circuitos ferroviarios de carga mexicanos, desplazándose hacia el norte hasta llegar a los EE.UU.

La tercera obsesión es Colombia y este es el único tema nacional que los EE.UU. prioriza, dado que considera que las dos viejas organizaciones guerrilleras de tradición marxista-leninista, el FLN y las FARC, podrían intensificar sus contactos con

el narcotráfico y ambos explorar la posibilidad de asociarse con los fundamentalistas árabes y, sobre esa base, organizar atentados en suelo norteamericano.

Este temor le dio mayor fundamento al apoyo militar y a la participación norteamericana en el Plan Colombia y constituye un punto central e irrenunciable en la política de los EE.UU, con creciente significación cuantitativa en materia de armamento y también de asesores y militares, lo que lleva a muchos a establecer la comparación con el Viet Nam de los años 60’.

Finalmente el cuarto tema – y estamos en Paraguay-, es el de la triple frontera del Yguazú. Este es un aspecto que también obsesiona a la gente del Consejo de Seguridad Nacional, lo que se evidencia claramente con solo leer sus informes y oír sus comentarios. Nunca han tenido mucha evidencia, pero detectan las remesas enviadas por miembros de la comunidad integrada por aproximadamente 22.000 empresarios árabes en Ciudad del Este que están ayudando a Hisbolá y a Hamas en sus programas humanitarios. El alegato de los norteamericanos es que no existe seguridad alguna de que sean exclusivamente humanitarios. De esta forma, la triple frontera se convierte en el cuarto escenario, e igualmente, en el cuarto espacio de obsesión norteamericana con relación al problema del terrorismo en la región.

Si excluimos estos cuatro focos, queda poco para alimentar la guerra contra el terrorismo y, como decía Carlos Rico - con quien tuve el honor de fundar en México el primer Instituto de Estudios sobre los EE.UU. en la región, en el CIDE, en 1974 - escribiendo con lucidez hacia fines de los años 70, nos enseñaba que se debe mirar la política norteamericana hacia América Latina en una perspectiva histórica y que hay muchos periodos de “no política frente a América latina”.

A partir de dicho enfoque, son pocos los periodos que presentan las características de una política coherente y articulada. Por ejemplo, el Plan conocido como Punto Cuarto de Truman, la Alianza para el Progreso de Kennedy, la política de Derechos Humanos del presidente Carter. En contraste, se constata la existencia de largos períodos de inexistencia de políticas hacia América Latina donde los EE.UU. apela a una práctica del bilateralismo de muy baja monta, mediante una simple oficina, a la cual llamaban antes escritorio del país, que se ocupaba de Honduras, Paraguay, Chile, Colombia; de los países que “no daban lata”, como dicen los mexicanos y para los que daban lata, se armaba un Comité de crisis dentro del Departamento de Estado. En esos casos las decisiones se asumían a nivel superior, como por ejemplo ocurrió con el Comité de los Cuarenta en el gobierno de Salvador Allende, donde se coordinaba toda la tarea a los efectos de volverlo más eficaz y se informaba permanentemente, vía Consejo de Seguridad Nacional, al presidente en la Casa Blanca, hasta que el problema quedara resuelto.

Ahora estamos en un tiempo de no política hacia América Latina de EE.UU., salvo los casos que acabo de reseñar y ahí debemos situar la creciente hostilidad que se manifiesta de modo más verbal que sustancial, en el caso del presidente Hugo Chávez de Venezuela. El hecho es que no se han interrumpido, por ninguno de los dos lados, las relaciones comerciales, ni ha habido sanciones del tipo que se aplicaron a Allende o a Arbenz. El comercio internacional en el año 2005 en Venezuela cerró en un poco más de 34 mil millones de dólares en lo bilateral; hay molestias, acusaciones del presidente Chávez que hostiliza y hasta se mofa del presidente Bush, como lo hemos oído en las Naciones Unidas, pero al final como asunto sustantivo de caso de crisis es difícil, a mi juicio, verlo comparativamente con los tiempos de la guerra fría.

En cuanto a las relaciones con los EE.UU., esta autonomía relativa mayor es digna de consideración y sería muy importante mantenerla conservando cada vez más lejos la preocupación de Washington por el quehacer de los países de América Latina, en base a una relación de convivencia pragmática, porque estamos hablando de la primera potencia económica y militar del mundo en la actualidad. Al menos ése es el parecer de quienes examinamos la política exterior en varios países de América Latina y en el mío, Chile, y es mi impresión que también representa el parecer del presidente Lula de Brasil y del presidente Kirchner en Argentina con los que mantenemos un intercambio fluido.

Pasemos al tema número dos. Procuraré ser más breve en las apreciaciones siguientes. En este mundo tan cambiado, que es hoy América Latina, lo primero que debo decir es que me encantó oír a Domingo Rivarola hablar sobre lo que eran los años 60 ó 70. Hacer cualquier referencia de lo que pasaba entonces en América Latina es simplemente hablar de un mundo que ya no existe más y de fuerzas que no están más actuantes en el continente. Ese era el mundo en el que yo me eduqué, en el que hice mi formación en las relaciones internacionales. América Latina era un espacio muy homogéneo; en el pasado había menos diferencias, entre sus integrantes. Últimamente eso ha cambiado en razón de que algunos países han logrado introducirse en los sectores más modernos de la economía mundial como Brasil, Argentina, Chile y Venezuela. En aquellos tiempos todos eran países más cercanos a los más pobres que siguen siendo muy pobres. Entonces, no existía la diferencia de uno a quince o más que se aprecia hoy en el país entre los países más pobres y los más ricos de América Latina, sino que habría una diferencia razonable que nos hacía a todos sentirnos parte de la misma familia. América Latina era un conjunto de 20 países en vísperas de la revolución cubana, sin ningún diferendo ideológico, con políticas exteriores bastante semejantes y con una misma búsqueda de inserción global.

Además, el mundo de fines de los 50 y comienzos de los 60 era un mundo lleno de optimismo porque eran optimistas simultáneamente las derechas y las izquierdas. Entonces, cuando todos tienen razones para sentirse esperanzados, el mundo en general era muy optimista. Eran optimistas las derechas, en razón a que la teoría social, especialmente la teoría económica en boga a comienzos de los años 60, sostenía la idea de la replicabilidad automática del proceso de crecimiento y el desarrollo.

El más famoso de los autores de la época, Walt Rostow, publicó un libro muy influyente titulado *Las Etapas del Crecimiento Económico*, que editó el Fondo de Cultura Económica y que todos leímos y subrayamos; era “la Biblia del pensamiento capitalista moderno”. Este autor sostenía que los países desarrollados de hoy fueron subdesarrollados hace apenas un siglo y enseñaron o trazaron caminos y estrategias para llegar a su destino actual; por lo tanto, cualquiera que diera los pasos e hiciera el proceso de acumulación, de ahorro, de inversión y los proyectos productivos que realizó los EE.UU. o Inglaterra – o fuera de la región, Australia más tarde - inexorablemente llegaría a desarrollarse y todos se sentían llamados a esa condición.

En el campo de la izquierda, entretanto, acababa de suceder la Revolución Cubana, que en sus orígenes fue una revolución latinoamericana, se soviétizó después por la propia dinámica de la guerra fría en un tiempo muy corto; pero, originalmente, el movimiento 26 de Julio era un movimiento “tercerista”, en el sentido de que consideraba imperialista la acción de la Unión Soviética y de los EE.UU. simultáneamente. En América Latina, ese pensamiento nacionalista y anti-imperialista de la Revolución Cubana tuvo un enorme impacto y las izquierdas copiaron, adhirieron o tomaron ese punto de vista y el proyecto de cambio que planteaba.

Si a noventa millas de los EE.UU. se había podido levantar una experiencia distinta al capitalismo, las cosas estaban más claras al Sur. Optimismo en las derechas y las izquierdas, imagen de cambio, el salto adelante de una América Latina bastante homogénea. ¿Dónde estamos quince años después del cambio global? Estamos en una América Latina escéptica, fragmentada, con otros ordenamientos distintos a los de los años 60, pero, en cualquier caso, nadie que tenga la más mínima seriedad intelectual, habla de América Latina como un todo; esa puede ser un referente cultural y lo es; puede ser el referente de nuestro idioma, de nuestra historia, de nuestros proyectos comunes, pero para entender la América Latina hay que buscar otras segmentaciones y en este orden, se presentan dos enfoques que disputan el gran debate académico: la idea de dos Américas Latinas y la idea de varias Américas Latinas.

¿En qué consiste esto? La idea de dos Américas Latinas es una construcción básicamente brasileña; una América Latina del norte que termina en el Canal de Panamá y una América Latina del sur que abarca la subregión que componen los doce países que estamos situados en esa parte del mundo, diez latinoamericanos y dos del CARICOM, uno de origen holandés, Surinam y uno de origen británico, Guyana.

En relación a esta propuesta hay que recordar que el influyente experto norteamericano en temas geopolíticos, Ray Cline, a fines de los años 70' en su libro "World Power Trends" adoptó un modelo al que llamó "zonas politectónicas". Sostenía que en la guerra fría, desde donde él pensaba, el éxito norteamericano iba a consistir en poner más atención y énfasis en las zonas prioritarias y en dejar un tanto a su suerte, sin gastar demasiados recursos, las zonas menos importantes y menos estratégicas; con tal criterio, agrupó a todos los países del mundo, excluyendo al sistema soviético, en doce zonas politectónicas, en orden de importancia decreciente.

La zona politectónica de la América latina del Norte, formada por México, Centroamérica y el Caribe era la zona politectónica número dos; solo le precedía en importancia Europa Occidental. La zona politectónica de América Latina del Sur era la número once; era solo menos importante que la del África Subsahariana de esa época. Esto coincide con la lógica histórica E.E.UU.; comenzó a ser una potencia imperial en 1898 al entrar en Guerra con España en la lucha por la independencia de Cuba. Con su triunfo adquiere una influencia decisiva en Puerto Rico y Cuba, además de Filipinas. Desde entonces Washington siempre ha distinguido la importancia de estos dos segmentos de nuestra América Latina. Pero claramente esto se ha acentuado mucho más en los tiempos de la globalización.

Hoy tenemos claramente instalada la idea de que hay una agenda propia de la América Latina del Norte, que no tiene que ver con la agenda de la América del Sur. ¿Cuál es la agenda de la América Latina del Norte? Primero, el tema migratorio, el debate migratorio, ¿cómo se entra o no se entra en los E.E.UU.?. El que haya ido a México ya sabe que este es el tema número uno para la política exterior mexicana y lo es también de los países de Centro América y de los países insulares del Caribe, especialmente de las Antillas Mayores.

E.E.UU. juega con las cuotas; con leyes de protección, con controles migratorios, con permisos temporales; pero el tema migratorio es el asunto central de tal forma que en las sociedades de esta América Latina del Norte, está instalada la noción del “sueño americano”. Lo primero que a uno le cuenta un campesino pobre de Oxaca, mientras negocian por el precio de una artesanía o lo que dice un proveedor pícaro en el Distrito Federal, es que tiene su “sueño americano”, porque uno de sus tíos y tres de sus sobrinos ya están en E.E.UU. Esto hace que la relación y la agenda de estos países de América Latina del Norte estén básica-

mente centradas en la idea del acceso o de una cuota para ir al norte manejada en la política migratoria.

La política migratoria tiene un corolario, las remesas. Esta gente que va a los EE.UU., vive austeramente y a veces pobremente, para poder ahorrar y enviarles a los familiares que dejó tras sí en su país de origen, la mayor cantidad de plata posible y esto se percibe como un escalamiento geométrico en las finanzas de México, Centro América y el Caribe. México ya tuvo el año pasado veintitrés mil quinientos millones de dólares de remesa; El Salvador, que es el país más pequeño de América Latina, solo 22 mil kilómetros cuadrados de superficie, tuvo dos mil seiscientos millones de dólares de remesas; sumados los tres productos más importantes de exportación empezando por el café, resulta una cifra menor a la de las remesas.

Y en la enorme economía de México – que es la número doce en tamaño en el mundo – el monto de las remesas es mucho mayor que el del turismo y más que varios de los rubros principales, con la sola excepción de los energéticos, ahora que están altos. O sea, la remesa es un factor que cambia la suerte de los países que la reciben, porque cumple la función de un gran amortiguador del conflicto y la explosión social. Los que hemos recorrido el interior de Oaxaca, Guerrero, Chiapas, Tabasco y los Estados del Sur mexicanos, donde empieza la Centro América mexicana, sabemos exactamente cómo la gente vive apoyada en los dólares que les mandan los parientes desde Estados Unidos y que por eso hay menos conflictos y el Comandante Marcos tuvo menos eco para expandir su movimiento; en suma, la situación ofrece un mayor grado de convivencia y estabilidad, producto de que hay un subsidio privado de los pobres que están en EE.UU. a los pobres que están en México, que amortigua buena parte de lo que llama la lucha de clases el marxismo tradicional.

Tal cosa no la tenemos en América del Sur, a excepción de Ecuador que es productor de grandes migraciones a España y EE.UU. Por eso es muy distinta la situación de países que tienen el tema migratorio como el principal en su agenda y el impacto de las remesas que hace que en muchos lugares de México, la moneda mexicana no circule. Zacatecas, un hermoso Estado a setecientos kilómetros al norte de Ciudad de México, tiene la mayor proporción de habitantes migrados a EE.UU. Son más los zacatecanos que están en los EE.UU. que los zacatecanos viviendo en Zacatecas.

¿Qué ocurre entonces? Las remesas hacen que, como se cobran elevadas comisiones y se paga mal el dólar, porque es abundante, la gente empieza a hacer las cotizaciones de viviendas, automóviles y de bienes de consumo durables y, finalmente, hasta de la canasta básica de consumo mensual en dólares. Así el dólar va desplazando en los pequeños poblados de las zonas de mayor migración mexicana el uso del peso mexicano.

Otra lógica es la que tenemos en América del Sur y quiero decir que no le falta razón a los brasileños para pensar que los que estamos al sur del canal de Panamá tenemos otra agenda y otra manera de ver el mundo, así como otra relación con el gran poder norteamericano del que tiene la gente que está más arriba.

Para los primeros, los del norte, es inexorable y difícil a la vez la relación con EE.UU. Nosotros podríamos, si quisiéramos, tener grados de autonomía que no nos excluyen de la influencia norteamericana, pero nos dan mayores posibilidades de acción y de asociatividad en el contexto que se vive en América del sur.

Se dice que América Latina ya no es más un espacio homogéneo, pero hay países que se parecen más entre sí y tienen una agenda común y son más homogéneos. Estos países correspon-

den a las sub-regiones. Los dos mayores del área, México arriba y Brasil abajo son por su tamaño y diversidad asimilables a las subregiones. Luego están las sub-regiones propiamente tales, la del Caribe, con el CARICOM y muchos otros países de distintos orígenes, como Haití de origen francés, Cuba con su experiencia socialista sostenida más allá de la caída de la Unión Soviética y República Dominicana.

Segundo, están los cinco países centroamericanos más Panamá que constituyen una segunda sub-región. Tercero, el área de países andinos y cuarto, los países del Cono Sur, que son Argentina, Chile, Uruguay y Paraguay, que presentan un grado significativo de asociatividad. Por ello, quienes estudian estas cuestiones destacan que si examinamos indicadores sociales y estrategias internacionales, espacios y proyectos, se percibe que existe mayor cercanía y parecido, entre ellos. En la discusión tan apasionada que hacemos los especialistas, yo me inclino más a compartir la visión de dos Américas Latinas. Pero veo que hay elementos complementarios que, para ciertos fines, se pueden tomar para diferentes conceptualizaciones, aceptando que cualquiera sea la visión que tengamos de los segmentos de América Latina, debe reconocerse que ésta es una región por hacer. Es una región con un destino pendiente, es mas bien un proyecto de región y el gran objetivo que podrían perseguir los gobiernos de muy distintos signos dentro de ellas es construir América Latina, o si se prefiere a América del Sur, como la cuarta región del mundo de la postguerra fría y la primera región del mundo en desarrollo que pudiera organizarse con capacidades asociativas efectivas, no las nominales de la Liga Árabe o la Organización de la Unidad Africana, que tienen una estructura formal pero no actúan realmente como una unidad en la política económica internacional.

En América del Sur podríamos hacer eso, aunque aún esta situación presenta hoy puntos suspensivos y signos de interrogación. Existe la voluntad política general y esta pendiente su detalle, pero la nuestra podría ser la cuarta región en un mundo de grandes regiones, lo que es un buen proyecto y del que paso a hablar ahora.

Mi tercera nota se refiere entonces a América del Sur y la integración.

Lo primero que diría es que la integración latinoamericana es un proyecto tan antiguo como la existencia de nuestros Estados nacionales. Arranca con la Carta de Jamaica de Simón Bolívar de 1815 que reconoció, con gran lucidez, la existencia de los EE.UU. de América del Norte y la necesidad de replicar a esta nueva entidad estatal que él miraba con admiración y con desconfianza. Es la raíz del sueño bolivariano que llevó al Congreso Anfictiónico de Panamá en 1826.

Ese es un proyecto que se hace trizas antes de surgir, más allá del designio de los propios fundadores de los países latinoamericanos, pero en América Latina a los padres fundadores los mandaron al exilio y murieron en pobreza y distancia como San Martín en Francia, O'Higgins en Perú, o el propio Bolívar, que fallece en sus tierras de Santa Marta, lejos del afecto y consideración, del respaldo a su propio proyecto, situación a la que hizo alusión al expresar, ya en los momentos finales de su vida, "hemos arado en el mar".

Después en el siglo XX tuvimos un segundo gran "sueño de integración" con Raúl Prebisch, que en el marco de la CEPAL, en un informe elaborado en 1959, planteó la creación del Mercado Común Latinoamericano. El intento ya no pasaba por el lado político y lo que se buscaba era crear una amplia asociación

económica con todos nuestros países. De esta forma se lograría mejorar nuestras condiciones de vida y nuestros indicadores económicos y sociales. Pues bien, los dos grandes proyectos, el político en el siglo XIX y el económico en el siglo XX, eran proyectos para toda América Latina, que suponían un gran y único impulso. Quizás por eso fueron imposibles de realizar.

La integración en el siglo XXI es muchísimo más modesta, casi humilde, pero es ya un proceso en marcha. Tal es la diferencia. Hoy uno mira el mapa de América Latina y ve los acuerdos políticos, los programas de cooperación de libre comercio muy fuerte entre los doce países sudamericanos que muestra, además, un enjambre de acuerdos bilaterales que se cruzan unos con otros, contando con dos referentes principales que han sido la Comunidad Andina y el Mercosur. De esta manera, el mapa se torna de varios colores.

Desde diciembre de 2004, en la reunión de Cuzco, surgió una entidad que busca aglutinar a estos doce países en un solo proyecto que es la Comunidad Sudamericana de Naciones. Fue suscripta por todos los Jefes de Estado de la subregión, unos con más entusiasmo y liderazgo como Brasil, que es el padre de la idea, y otros más a regañadientes, como el presidente Kirchner de Argentina, que no fue siquiera a la reunión de Cuzco. Pero todos rápidamente han ido entendiendo que éste es un espacio en el cual se puede trabajar e ir produciendo un consenso de los jefes de Estado. Esto permitiría darle significación a esta nueva entidad que nació con ideas y proyectos generales, en las declaraciones de Cuzco y Ayacucho, pero sin ninguna institucionalidad, ni recursos ni ideas concretas.

Este asunto me interesa mucho hoy, porque la presidenta de Chile me designó como el representante chileno; en una Comisión de Reflexión Estratégica en que estamos trabajando doce

personas muy discretamente desde junio en Montevideo y en otras capitales. Hemos ido también a Buenos Aires y Caracas para tratar de elaborar un plan para los jefes de Estado que dé sustancia y definición a esta idea.

Les quiero contar qué aprendizajes he hecho ahí y en qué estamos. Primero, les decía que este ya es un proceso en marcha, porque hay muchas cosas que se hacen entre los países. Si yo tuviera que graficar este enjambre de acuerdos binacionales y sub-regionales, diría que el camino a la integración sudamericana es como una autopista a medio hacer en que hay tramos terminados y tramos muy rústicos, en que se alternan zonas muy anchas de varias pistas en las que uno puede avanzar muy bien - que son las experiencias de integración bilateral exitosas - y otras donde no hay nada y está todo por hacer. Por tanto hay que mejorar este sendero rústico, ampliarlo y convertirlo en parte de una autopista completamente transitable y moderna.

Lo característico de América del Sur es el carácter inconexo de los vínculos de la integración y las comunicaciones. Entre nosotros hablamos mucho de integración pero en general no sabemos nada del país vecino; sabemos mucho más de los EE.UU, lo que está pasando en Nueva York; en Washington y de lo que se discute en el Banco Mundial, en la Organización Mundial del Comercio o en el Fondo Monetario Internacional. Tenemos una asimetría informativa que nos complica la vida y que se refuerza con los vacíos de nuestros programas de enseñanza en cada uno de los países lo que no mejora mucho esta situación. Entonces, contamos con todos estos referentes, tenemos la idea de la Comunidad Sudamericana desde 2004, pero tenemos también muchos problemas, en medio de un gran pluralismo de opciones políticas que debemos respetar.

Yo diría que para decidir de derecha a izquierda a América de Sur, nos encontramos desde el gobierno del presidente Uribe - un gobierno explícitamente amigo de los EE.UU. y que no se ofende que lo califiquen ideológicamente de gobierno conservador -, hasta un gobierno de izquierda como el de Evo Morales - gobierno de raíz indigenista, con muchos de sus colaboradores articulados con fuerzas radicales y una cierta visión coherente que le da la larga tradición nacional popular boliviana que viene de la Revolución de 1952-.

Y en medio de esta izquierda de Morales y esta centro derecha de Uribe, hay toda clase de expresiones y matices de gobiernos que se definen como más progresistas, menos progresistas, moderados o de centro izquierda. Pero no hay dos gobiernos iguales: son todos extremadamente disímiles. Son distintos cada uno de los doce gobiernos de América del Sur. Son pocos los gobiernos conservadores, son más los que se definen del centro a la izquierda, pero cada uno tiene su impronta, su sello. Las cosas ya no son como en los años 60 en que había modelos mundiales y uno estaba con el modelo soviético, el modelo chino, el argelino o el cubano y en el campo opuesto con el norteamericano, el japonés o el alemán.

Ahora, en la izquierda latinoamericana cada izquierda es distinta y hace las cosas según el perfil o la lectura de su realidad nacional, y sus estrategias son distintas. Hoy mantenemos mucha heterogeneidad, mucho pluralismo, y ése es un dato objetivo. Simultáneamente, tenemos una exigencia para progresar en la integración que viene de afuera, a diferencia de lo que pasaba en los tiempos de Bolívar en el siglo XIX o con la idea del proyecto económico de Prebisch y la CEPAL en el siglo XX, en que era necesario un esfuerzo único muy amplio para buscar asociaciones de integración. La situación de hoy nos impone desde afuera que, para tener una voz en el debate de la transición del sistema

internacional, necesitamos actuar como una región ya sea para abordar la reestructuración de las Naciones Unidas o para otros temas de esa significación.

Mi impresión es que por separado, los países no van a poder decir una palabra fuerte. Tenemos que tener una postura en el ordenamiento de la globalización comercial, en la ronda de Doha, en el trabajo con la Organización Mundial de Comercio. Por separado, los países de América del Sur van a tener escasa resonancia, incluido Brasil con todo su poderío. La asociatividad sudamericana es un dato impuesto por la agenda, así como en los demás temas que están en la mesa para el reordenamiento del sistema económico y político global. Eso también es un dato nuevo; solo unidos y coordinados internacionalmente podríamos tener alguna influencia.

Una última idea en este punto es que América del Sur tampoco es un espacio al que podemos tomar globalmente en su continuidad territorial. Hay al menos tres segmentos que ofrecen proyectos productivos y modalidades de integración social diferenciable. Tenemos la parte norte de América del Sur en torno al eje que forman el Orinoco y el Amazonas; está el segmento central de América del Sur en torno del Trópico de Capricornio, sobre el eje o corredor bi-oceánico Santos-Antofagasta hacia arriba y algo hacia abajo; y finalmente, tenemos el Cono Sur, la parte en que se adelgaza la América del Sur y que es de manejo compartido por argentinos y chilenos.

En este último tercio existe otra agenda y una situación que solo compete a Argentina y Chile; basta que se pongan de acuerdo un Gobernador de un lado con el Intendente del otro, consigan la plata y podemos ir de Comodoro Rivadavia a Puerto Chacabuco; o vamos desde Bahía Blanca hasta Talcahuano. Esto es mucho más fácil y es el tercer pedazo más pequeño de América del Sur.

Los grandes desafíos están en el segmento alto y medio de la subregión, porque allí hay varios países actuando, muchas potencialidades. pero también muchos problemas financieros y de contenidos.

Con esto paso a la cuarta parte de mi presentación que se refiere propiamente a las tareas de la integración en América del Sur y aquí quiero decir que ha sido fascinante tratar de organizar esta agenda. Esta iniciativa del grupo de reflexión de los doce altos delegados, como le llaman los diplomáticos brasileños, los altos Delegados o Comisionados, permite que trabajemos porque los presidentes Chávez de Venezuela y Tabaré Vázquez del Uruguay le pidieron a sus colegas crear un mecanismo para pensar colectivamente y cada uno de ellos se comprometió a mandar su delegado. Pero, entre el momento en que los presidentes se juntaron en diciembre y en que los delegados nos pudimos reunir en junio los conflictos se habían multiplicado de una manera importante. Peleas inéditas que nadie esperaba que se desencadenaran; Argentina y Uruguay se confrontaron en la disputa por las papeleras, un asunto relativamente pequeño que, sin embargo, se fue agrandando y hoy compromete fuertemente el interés nacional de los dos países, sin que se avizore una fácil solución. Venezuela y Perú, en el más absurdo de los conflictos que hemos tenido recientemente en América del Sur, en el que el presidente de Venezuela toma partido por uno de los dos postulantes en la elección peruana, se pelea con el otro y le dice cosas que uno no le dice ni a su peor enemigo y además, notifica que si este gana – como ganó Alan García - no va a tener ni siquiera acreditada una representación diplomática en Lima. Segunda gran crisis.

Después Evo Morales nacionaliza los hidrocarburos el 1 de mayo y Brasil recibe el cimbronazo de esta decisión. En razón de este hecho, sectores muy amplios del Brasil dicen: debemos

reaccionar en defensa de PETROBRAS y sus mil quinientos millones de dólares de inversión y porque hay que asegurar el abastecimiento del gas boliviano que es del 50% del total que consume Brasil y el 74% del de San Pablo que conforma el sector productivo más dinámico de este país. Es el tercer problema y hay muchos más junto con estos tres que son los más complejos porque, simultáneamente, en los mismos meses se desarma el MERCOSUR y se desbarata la Comunidad Andina de Naciones.

El presidente Hugo Chávez se retira de la Comunidad Andina de Naciones e ingresa al MERCOSUR, lo que da la impresión de un fortalecimiento de este en Córdoba. Pero antes de eso se plantea, como aquí lo dijo el propio Canciller paraguayo, el tema de las asimetrías: los dos países más pequeños del MERCOSUR, Uruguay y Paraguay, se sienten descontentos con el trato histórico recibido por los dos países mayores, Argentina y Brasil. Ellos piden un trato parecido al de los fondos sociales compensatorios de la Comunidad Europea, pero para eso no hay recursos ni en Buenos Aires ni en Brasilia. Entonces hay un momento muy complejo en las relaciones en que los países más pequeños abren conversaciones, con representantes de EE.UU. para buscar algún tipo de facilidades más flexibles fuera de la lógica del MERCOSUR.

Hacia mayo de 2006 los que íbamos a formar parte de esta Comisión prácticamente no teníamos piso para trabajar. Porque estaban las disputas bilaterales que no existían antes; había un proceso amplio de elecciones y estaban desarmados los dos referentes de la integración comercial subregional. Con el tiempo se han estabilizado ambos; primero porque el presidente Morales nunca se salió de la Comunidad Andina como muchos esperaban y ha ejercido su presidencia con gran dinamismo, tratando de recuperarla y segundo, porque la presencia del presidente Chávez reanimó un poco el MERCOSUR, creó la expectativa del fondo

de compensación con algún financiamiento de Venezuela y la situación hoy día es mejor que hace un tiempo.

Algunas de estas dificultades binacionales de a poco fueron arreglándose, pero subsiste el dato de que el cuadro de un año atrás era mucho más promisorio que el de hoy. Con esto entro directamente en materia para decir que hemos tenido que hacer un trabajo muy interesante en un tiempo de agudos conflictos y de dificultades reales entre varios de los países sudamericanos, que desbarataron el diseño original que era la coordinación de los dos referentes al punto que se integró una comisión de homologación sobre el MERCOSUR y la CAN. En el contexto de un debilitamiento de estos pasamos a otra lógica, la de buscar ideas y planes que fueran aceptables para el conjunto de los doce países sudamericanos.

Esa ha sido la dinámica con la que hemos trabajado: la idea del mínimo común denominador. Aquí solo se puede hacer lo que pragmática y realístamente sea de interés para los doce países y para cada uno de ellos, propuestas que no tengan veto o rechazo de alguno de los partícipes. En este sentido, ha habido buenas reuniones de trabajo, una por mes, la mayoría en Montevideo; una muy buena en Caracas y otra muy buena en Buenos Aires y estamos terminando el quehacer de éste que es un grupo que enfrenta un margen muy acotado de tiempo que se acabará cuando entreguemos el documento para los Jefes de Estado, que se van a reunir en diciembre en Cochabamba. Entonces los doce jefes de Estado de los países de América del Sur deberán resolver si adoptan este proyecto, le hacen cambios o sencillamente prefieren elegir otra iniciativa más concreta.

Un dato que hemos tenido encima de la mesa es que este proyecto de la Comunidad Sudamericana de Naciones no tiene su mayor dinamismo en el escenario comercial internacional, por-

que tenemos cuatro regímenes distintos en el interior de las doce naciones: los de la CAN, los de MERCOSUR, los de CARICOM - Guyana, Surinam y Chile, separado en sus políticas de regionalismo abierto y sus Tratados de Libre Comercio con 54 países del mundo. No es por el lado comercial que nos vamos a empezar a poner de acuerdo sino por el lado de otros contenidos básicos, asumiendo las restricciones que conlleva el terreno ideológico, porque si son ideológicas las propuestas van a recibir el rechazo de uno u otro de los gobiernos. Trabajando en esto hemos llegado a cuatro áreas principales a partir de una preocupación metodológica. En ese orden, tanto el grupo como el equipo técnico que está detrás de nosotros, han asumido plenamente la lógica de las asimetrías; las asimetrías no pueden constituirse en un tema ajeno a cualquier proyecto de integración real en América del Sur. Además, les hemos pedido a los países pequeños que enriquezcan o amplíen su perspectiva, entendiendo que las asimetrías son también un problema interno de la mayoría de los principales países de la región.

Es difícil hallar más asimetrías que las que existen en Brasil, entre el Nordeste brasileño y el área industrial que tiene su corazón en San Pablo, Curitiba o Río Grande do Sul, con desigualdades muy difíciles de encontrar en el mundo; diferencias internas de ese tipo, las hay también en Argentina, que tiene enormes disparidades, que se agudizaron con la crisis de 2001. Hoy la Capital Federal tiene un ingreso sobre 13 mil dólares per cápita anual y hay provincias como Formosa o Santiago del Estero que tienen menos de mil dólares de PIB; esto ocurre también en Chile, que es un país con enormes contrastes y desigualdades no precisamente geográficas, - no es el norte y el sur o el noreste y el sur, sino que estos desajustes se producen al interior de las trece regiones. En casi todas se encuentran enormes bolsones de atraso y pobreza; áreas atrasadas frente a otras más modernas, homologables a países desarrollados.

El dato es este. Se nos han instalado la desigualdad y la pobreza en América del Sur y hay que trabajar con esta diversidad que vea la asimetría como un fenómeno entre países pero también al interior de los países y busque resolverlos incluso conjuntamente en proyectos comunes.

Con esto paso a señalar las cuatro áreas de trabajo que hemos seleccionado. Primero la conectividad que básicamente comprende la infraestructura; América Latina en general y América del Sur como sub-región es un área enormemente desestructurada, increíblemente desconectada, en muchas partes para una conexión aérea hay que ir a Miami para poder bajar a una capital regional que a veces está a un par de horas de distancia y uno ocupa días para poder encontrar una aerolínea que le lleve hacia ese destino. Por otro lado tenemos caminos precarios, dificultades enormes, fronteras en que detienen a la gente, burocráticamente, por horas. No existe fluidez alguna en la circulación de las personas en América del Sur y solo un poco más de los bienes y los capitales, aunque no mucho. Entonces, el primer tema es la conectividad; cómo hacer de América del Sur un espacio conectado y aquí tenemos una gran fórmula técnica que creamos el 2000 que es el Plan IIRSA, el Plan de Integración de Infraestructura Sudamericana, que al comienzo del año 2000 fue un especie de catálogo de proyectos que todos queríamos: 400 proyectos; teníamos la lista y dimos un paso, aunque esto no implicaba prioridad alguna.

En el 2005 determinamos las prioridades y bajamos el listado a 35 proyectos que todavía son muchos; hoy estamos tratando de quedarnos con 10 a 12 y ejecutarlos antes del 2010, fecha del bicentenario. Es necesario que sean proyectos estratégicos y que se realicen efectivamente; argentinos y chilenos ya hemos avanzado el primero de éstos: hemos firmado el llamado a la licitación del Ferrocarril Trasandino que va a ligar a través de la Cordillera

de los Andes, a Mendoza con la ciudad chilena de Los Andes también habrá un corredor bioceánico que va de Porto Alegre a Coquimbo y de Santos a Antofagasta; asimismo, vamos creando redes en todos los sentidos para ir conectándonos mejor; tenemos otros 8 ó 10 proyectos que van a agregarse, serán de la misma categoría y se localizarán en la parte alta y en la parte media de América del Sur, donde están localizados varios países.

Hay un proyecto muy interesante y quizás emblemático, que es el que están realizando peruanos y brasileños para asegurarse circuitos comerciales exitosos en la parte media del continente; pero el Plan IIRSA es nuestra matriz principal y la noción principal es el corredor bi-oceánico. Este continente tiene la suerte de estar en la cuencas más dinámicas del mundo, la del Atlántico y la del Pacífico, y para muchos de nuestros países, el gran destino desde la recuperación económica de 2002, es la de enviar la producción a China, la potencia emergente por definición y el gran comprador que ha empujado al alza de precios de las materias primas y de los recursos naturales.

La producción gigantesca de la soja brasileña, la soja paraguaya y argentina tiene que ir a China por los puertos del Pacífico que son puertos peruanos y chilenos, nos impone hacer caminos de conexión para sacar esa producción. En otro caso el salmón chileno puede ir a la costa Este de EE.UU. o a Europa por los puertos argentinos de aguas profundas y ahí funcionan en otra dirección los corredores bi-oceánicos. Además debemos tener en cuenta que no solo hay comercio aquí, sino también hay gente que vive en el interior y que podemos conectar y mejorar su calidad de vida con caminos, hidrovías, aeropuertos, puertos y conexión infraestructural.

Junto a esto tenemos el terreno de las telecomunicaciones que también influyen en la calidad de vida de las personas.

Estamos trabajando en el listado corto para priorizar esos proyectos y buscando financiamiento para los seleccionados.

La segunda área es la complementación energética. Hay algunos países que son productores netos de energía. Venezuela puede serlo de gas por sus reservas, pero lo es de petróleo, destacado a nivel mundial; otro país, Bolivia, es dueño de reservas de gas natural que puede cambiar su destino. Todos tenemos algo en materia de energía y todos necesitamos algo en materia de energía. Paraguay puede ser gran proveedor de energía hidroeléctrica; Chile también es un país que no posee hidrocarburos, pero cuenta con energía hidroeléctrica.

Por consiguiente, la cooperación energética pasa por la idea que la Organización Latinoamericana de Energía (OLADE) marcó hace algunos años en el sentido de que en las horas pico de la demanda sudamericana de energéticos se disponía casi del doble de energía que la demandada. El hecho es que existe un problema de coordinación y de conexiones que constituye el principal inconveniente. Por lo tanto, aquí se presentan grandes y pequeños proyectos; grandes proyectos como el del Gasoducto del Sur, que los presidentes de Venezuela, Argentina, Brasil y Bolivia han puesto en la agenda; un proyecto en estado germinal porque se habla de doce a trece años para su ejecución y que se debe cubrir un trayecto de 9.000 kilómetros de largo con un costo preliminar de más de quince mil millones de dólares.

Pero son proyectos que se van poniendo allí en la agenda sudamericana con visión estratégica como el proyecto del anillo corto que podría pasar por las reservas de CAMISEA 2 en Perú y favorecer las ventas a Argentina, Chile el sur del Brasil y a Uruguay. Hay otros proyectos de cooperación bi-nacional de interconexión de los circuitos integrados de centrales hidroeléctricas destinadas a suministrar energía. Este es un gran tema y,

además, decisivo para la estrategia de desarrollo de los países sudamericanos y para la suerte de la región.

El tercer campo de acción se relaciona con los proyectos de inclusión social. La mayor dificultad actual de América del Sur son los problemas de pobreza y desigualdad que se han agudizado en las décadas recientes. La CEPAL nos indica que América Latina, antes de la crisis de la deuda en 1980, tenía 134 millones de pobres y al finalizar el segundo ciclo de carácter recesivo en 2002 habíamos subido a 221 millones de personas pobres, de los que cerca de 99 millones eran indigentes, gente que ni siquiera alcanzaba a pagar su consumo alimentario básico. Sin duda, el tema número uno en América Latina es la pobreza; enfrentarla es la primera prioridad de cada uno de los países.

Pero hay un segundo asunto, que es hermano del anterior, que es la desigualdad. América Latina ha sido el área más desigual de todos los países en desarrollo y esto también se ha acentuado en los años recientes. En el gobierno del presidente Lula, el anuncio de que se abordaría con decisión este flagelo ha suscitado muchas esperanzas y el problema ha cobrado más relevancia. Se ha podido observar que el coeficiente de GINI, el indicador que mide la desigualdad, subió a 0.59 en el Brasil y que tal magnitud constituye un verdadero récord mundial, porque 1 es la máxima desigualdad posible; es decir, que una persona fuera dueña de todo lo que hay en un país. Los países sudamericanos se caracterizan por sus altos grados de desigualdad, unos más, otros menos. Es la razón por la que este tema ocupa un lugar relevante en nuestra agenda.

Una cosa es la lucha contra la pobreza y otra la que se libra contra la desigualdad. Ambas son cuestiones dramáticamente importantes en cada país y su variación depende del grado de pobreza absoluta y relativa y luego de cuantas desigualdades o

discriminaciones existen. Es importante examinar el porcentaje de recursos destinados a la lucha contra la pobreza y la que se destina a la búsqueda de un mayor grado de equidad e integración social.

El cuarto tema del Programa de la Comunidad Sudamericana de Naciones tiene que ser el de la identidad sudamericana, la educación y la cooperación cultural. Aquí surge la cuestión del papel de la cultura en el imaginario sudamericano, que es un tema muy importante, por la riqueza de nuestra creación. También el tema de la cooperación académica y del funcionamiento de las universidades en la generación de proyectos sociales de integración y proyectos productivos que abarquen más de un país. No menos relevante es lo que se refiere a la investigación en el ámbito científico-tecnológico, en especial los esfuerzos para aumentar las especializaciones y complementación que pudiera darse entre los países latinoamericanos.

Y finalmente, estamos discutiendo dos asuntos complejos. Por un lado, la institucionalización de nuestra iniciativa y allí se dan dos opciones: si se dará una forma institucional inicial o si su curso se dejará solo al impulso político de los jefes de Estado para el avance de esta Comunidad Sudamericana. Si se requiere coordinar los Parlamentos Andinos y del MERCOSUR y los representantes que vendrán de los distintos países, indudablemente se necesitará un mecanismo de coordinación. Otro punto es si habrá alguna Comisión o grupo de Comisionados del tipo de los que existen en Europa o nos quedamos con algo más simple. En otro orden, deberá encararse el tema del financiamiento para asegurar los proyectos que acordemos en la lógica de enfrentar las asimetrías, combinando los recursos de los presupuestos nacionales con los procedentes de los organismos financieros multilaterales, algunos tan exitosos como la Corporación Andina de Fomento y otros más amplios como el Banco Interamericano de

Desarrollo, además de la ayuda que puedan prestar todos los organismos que no son financieros, sino de reflexión y programación en América del Sur como CEPAL.

Con esto concluyo mi exposición. Los organizadores de este evento me habían puesto como tema "*Los valores comunes y la Integración*". La exposición que he hecho indica la paradoja que esta integración se hace por la necesidad objetiva de los países, por el imperativo que brota del nuevo escenario internacional, por los procesos de integración en marcha en diferentes regiones y países y no por cuestiones de principios o valores comunes que apenas existen. Esta vez estamos poniendo primero los ladrillos y cuando inauguramos la casa será importante avanzar, a partir de la experiencia viva, en la definición de los valores y principios generales.

DIÁLOGO

P. ¿Cómo ve usted, Sr. Embajador, la coordinación entre los países de América del Sur con los países árabes, a través de la cumbre que se realizó en Brasilia en mayo de 2005?

R. Creo que es un tema que hemos discutido mucho en el grupo de Comisionados Presidenciales; el punto es la relación de América del Sur con las otras regiones del mundo en desarrollo y la conveniencia de intensificar esos contactos y convertirlos en parte de un esfuerzo colectivo, teniendo en cuenta que individualmente nos cuesta mucho llegar al África, al mundo árabe o al sub-continente indio. La idea es la de encargar a la instancia que conduzca la Comunidad Sudamericana, la preparación de niveles de intercambios eficaces con otras regiones del mundo. De hecho, en América Latina ya se ha institucionalizado una coordinación periódica con Europa.

Hemos tenido varias reuniones; la última con la unión Europea se hizo en Viena y cuenta con una agenda que ha sido provechosa. La mayoría de los latinoamericanos no quedamos del todo satisfechos en el primer encuentro con los países del mundo árabe. Nos pareció interesante como instancia de conocimiento, pero falta mucho por hacer todavía para establecer agendas que permitan un trabajo complementario y estamos dispuestos a perseverar en eso. Por eso la nota que acompaña al párrafo correspondiente del documento insta a los jefes de Estado a dar prioridad a las relaciones de América del Sur con otras áreas del mundo en desarrollo y poder establecer acuerdos para los fines de lograr un mundo más justo, equitativo y mejor organizado.

También necesitamos acuerdos sobre reglas de funcionamiento de la economía global y del sistema político internacional en las Naciones Unidas, para que las cosas reflejen mejor al

mundo de hoy y no sigan siendo una penosa caricatura, casi un espectro de lo que era el mundo a finales de la segunda guerra mundial, momento en que se creó las Naciones Unidas en la Conferencia de San Francisco. Existe el ánimo, pero mi impresión del primer encuentro no resulta muy entusiasta.

P. En primer lugar quiero felicitarle por su magnífica exposición y síntesis que ha hecho; sin embargo, me llama la atención que en esa síntesis no esté mencionada la situación de los procesos de avance democrático sobre todo en América Latina. ¿Qué implicancias tienen las iniciativas de algunos gobiernos de presentar la reelección, en algunos casos con Constituciones que lo permiten y en otros casos a través de la modificación de la Constitución para tal efecto? Esa es la primera pregunta y la segunda: ¿Tiene que ver con la institucionalidad de los países latinoamericanos el grave flagelo de la corrupción?

R. Son dos temas muy importantes. Yo me concentré en el programa de acción del proceso de integración sudamericana y omití muchos otros puntos. Pero por cierto en América Latina y en América del Sur, irónicamente tenemos un compromiso político y un mecanismo jurídico vigente desde el 11 de septiembre de 2001, el mismo día de los atentados terroristas en Estados Unidos, cuando sancionamos en Lima un pacto de afianzamiento de las instituciones democráticas o un Régimen de Seguridad Regional, por si reaparecieran casos de desestabilización de los gobiernos democráticos; situación que espero no ocurra en algún país de la región. Entonces, debemos aceptar que tenemos como trasfondo, un marco institucional, que ha convertido la idea del resguardo democrático en un aspecto compartido por todos los países y gobiernos de América Latina.

Ahora creo que todos tenemos conciencia de que el proceso democrático está inconcluso, que requiere muchos impulsos y

avances para corregir algunos de sus déficits. Guillermo O'Donnell, un notable cientista político argentino, ha llamado a estas democracias, que son resultado de transiciones de las antiguas dictaduras militares, "democracias de baja intensidad", ironizando adecuadamente con los problemas de las "guerras de baja intensidad" que apreciamos en América Central en la década de los 80 ó sea algo que es opaco, limitado, pero que va en una cierta dirección perceptible como insuficiente y poco eficaz.

En este caso, se trata de una dimensión insatisfactoria frente a las expectativas que tenía la gente que luchó y construyó los procesos democráticos en América del Sur. Aquí queda mucho que hacer en lo que respecta a lo económico y social, aspectos que yo marcaba como la lucha contra la exclusión, la superación de la pobreza y la construcción de la equidad social. Tales esfuerzos son componentes esenciales de un perfeccionamiento democrático en América Latina; A eso hay que agregar que también en el campo propiamente político se presenta la tarea de construcción de instituciones democráticas más sólidas.

Esto es materia de una amplísima discusión que no podemos resumir aquí pero donde un conocedor agudo del tema como Diego Valadez, el jurista mexicano, ha señalado tres tendencias que deberán ser puestas en observación para ver hasta dónde estamos consolidando la democracia en la región. La primera tendencia que él subraya es la de las revocatorias de facto de los mandatos. En América Latina dejó de ser cierto que los gobiernos democráticos tienen un mandato conocido y por la vía de manifestaciones sociales que a veces se pueden organizar minoritariamente se provoca un clima de conmoción social con el que se consigue hacer caer a gobiernos democráticamente establecidos. La lista a la fecha es de catorce gobiernos, unos con más razones y otros con menos, que han visto interrumpir la ejecución del mandato previsto por los ciudadanos a sus gobernantes. Es

una nueva lógica. Antes, en los años 40 ó 50 la gente decía: “uno elige los gobiernos y los asume” en su gestión porque los eligió y parte del contrato de elegir un gobierno es aceptar que va a cumplir su mandato por el tiempo previsto. Esto, a menos que uno coloque en la Constitución, como hicieron los venezolanos y podrían hacer otros países de la región, una revocatoria explícita de mandato en que, con ciertas condiciones, la gente puede ser consultada y decidir si el titular del Poder Ejecutivo o los integrantes del Legislativo siguen o cesan en su gestión. Pero si eso no está reglamentado, las revocatorias hechas a través de marchas, de concentraciones, de la colocación de barricadas, de tomarse espacios públicos son una cosa muy discutible desde el punto de vista de la democracia política.

La segunda tendencia es la opuesta a la anterior, y pasa por la idea, “si me va bien, pido más plazo” y busco la reelección. Aquí entonces estamos, de alguna manera, parlamentarizando regímenes presidenciales, porque en los regímenes parlamentarios es usual que siendo el Poder Ejecutivo una comisión delegada del Poder Legislativo, si la situación general es favorable, se disuelve el Congreso y se llama anticipadamente a una nueva elección general y ahí se busca la continuidad del gobierno. Eso no está previsto en un régimen presidencial y sin embargo es una cosa que cada día se hace más.

Estamos hablando no solo de jefes de Estado; también empiezan las autoridades subnacionales – gobernadores o intendentes - a buscar estatutos de renovación de sus mandatos, a veces por plazos indefinidos y eso es muy complejo y origina muchas discusiones. Cada país tiene que abrir este debate, porque no hay una fórmula genérica. Hay veces en que se justificaría establecer reglas de reelección, otras que no. Cada país tiene que hacerlo a la luz de sus circunstancias; lo importante es que haya canales democráticos y abiertos de discusión y que haya mecanismos

institucionales claros para dirimir con anticipación esa decisión, sea por la vía de una ley, de una reforma constitucional o de un referéndum.

Son situaciones variables que, sin embargo, tienden a multiplicarse en toda clase de regímenes en América del Sur. No es que se reelijan mas los gobernantes de la izquierda o de la derecha; si la mano viene buena casi todos empiezan a buscar el camino de la reelección. Es como un test de éxito gubernamental. A los que les va muy mal no pueden intentar siquiera tal posibilidad, pero cuando hay una correlación de fuerza favorable y un buen balance, se va buscando el camino de la reelección con normas ad hoc.

Y la tercera tendencia, dice Valadez, es la fugacidad del cambio constitucional. Mientras más nuevas y más completas son las constituciones, más rápido la gente empieza a proponer reformas y el mejor ejemplo es la Constitución Colombiana de 1991, porque se discutió muy ampliamente y se generó de un modo democrático. Hubo un buen debate pero luego en muy poco tiempo todos los sectores políticos tenían 8, 10 ó 15 y 25 propuestas de reformas para la Constitución que habían aprobado dos o tres años antes. Entonces, también hay una especie de fugacidad de las normas constitucionales, ya no son éstos textos que se imprimen para muchos años y que duran mucho tiempo. Ahora, por ejemplo, se ha establecido una Asamblea Constituyente en Ecuador, con el apoyo del 80% de la ciudadanía para cambiar una Constitución elaborada en 1998.

Chile tuvo una Constitución en 1833 que con cambios importantes en 1874 y en 1925 llegó hasta el golpe de Estado en 1973 o sea, que tuvimos una Constitución que duró con modificaciones 140 años. La Constitución argentina de 1853 o la mexicana de 1857, impulsada por benito Juárez tuvieron un impacto

jurídico prolongado. Hoy las Constituciones duran 5 años, 10 años: son muy fugaces. Entonces, el tercer rasgo de la nueva política latinoamericana es una cierta inestabilidad o precariedad de las normas constitucionales y del sistema jurídico en general. Si usted combina estas tres tendencias, la revocatoria de mandato de facto, reelecciones sobrevinientes y la inestabilidad jurídico-constitucional, estamos ante un cuadro muy distinto al que conocimos en tiempos del presidencialismo clásico.

P. Nosotros consideramos que sí hay condiciones para una América Latina, no varias América Latinas, ni dos ni tres. Una América Latina y podemos señalar algunos ejemplos que nos pueden servir de soporte a esto: la experiencia del Convenio Andrés Bello, la Central Latinoamericana de Trabajadores de la Energía que cubre desde México hasta la Argentina, el Movimiento Agro-Ecológico de América Latina (MAELA) y la propuesta nuestra de TELESUR, consistente en tener un canal de televisión público desde México hasta la Argentina; la misma organización citada por usted, la OLADE, y para no seguir señalando, en todo caso le preguntaría: ¿Serán éstas o no premisas suficientes que nos podrían ayudar a pensar en una única América Latina? Y que el sueño de Bolívar sigue siendo un sueño y nosotros consideramos que es un sueño y una visión, que es muy posible ahí vamos todos dialogando en el grupo de los doce, debería colocarse en primer lugar; es lo prioritario, empezar por allí y el financiamiento. Podemos crear un Banco único en América Latina; hay condiciones objetivas para hacerlo; se dispone de cálculos hechos por economistas que muestran que es plenamente factible. Nosotros, en Venezuela, vivimos la experiencia de pasar de la exclusión en la seguridad social con solamente homologar la pensión mínima al salario mínimo y eso produjo un gran efecto en nuestro país. Y terminando este comentario: lamento disentir en esto; creo que la única posibilidad de lograr la integración y la unidad de nuestros pueblos es

reconocer que hay valores y uno de los más importantes es que es posible pensar en un proyecto real de integración de América Latina.

R. Usted ha hecho numerosos comentarios y lo primero que le diría es que no hay que lamentarse de tener desacuerdos. La democracia es el régimen que permite organizar los desacuerdos, que termina con las verdades absolutas, con los dueños de la verdad con la contraposición entre la verdad y el error, lo bueno y lo malo, los amigos y los enemigos. En democracia debemos trabajar con una lógica que es del ciudadano, titular inalienable de derechos, que permite disentir de otros que piensan distinto. La vida democrática es el ejercicio periódico de la asignación del poder por los ciudadanos a aquél cuyo programa y cuya conducción merecen más crédito y confianza a las personas que eligen y si eso no es apropiado, se rectifican. Se hace posible la alternancia y se elige otra fuerza y ahí vamos todos dialogando en la conversación democrática, que es la esencia del proceso por el cual luchamos algunos frente a dictaduras brutales en nuestra región, que padecemos no hace demasiado tiempo.

Nunca tenemos que darnos excusas por pensar distinto; es nuestro esencial y básico derecho como personas y como ciudadanos y organizar dentro de la amistad cívica estos desacuerdos es lo que crea la posibilidad de un mejor entendimiento en América Latina. Sobre su mayor desacuerdo yo le diría que tenemos que lograr valores compartidos, no solo valores deseables o predominantes y estos valores compartidos yo no los he encontrado en la conversación con mis contrapartes de los otros gobiernos de América del Sur de un modo completo. Cuando uno no tiene andamiaje y visiones teóricas comunes, uno tiene que ir a lo concreto y pragmático de un plan de acción. Ahí debo ver que me interesa a mí y a los demás, qué recursos ponemos en esos proyectos, qué metas nos colocamos para trabajar juntos; así se

hizo la integración europea, que es la única que existe con ascendentes logros obtenidos.

Otras experiencias son las de asociación política: pero como proceso de integración, el europeo es el único y más importante y se hizo a partir de la casi centenaria desconfianza entre los dos socios mayores, Alemania y Francia, y la ampliación de un grupo muy pequeño que eran los seis hasta llegar a 27 países que hoy la forman. Se partió del entendimiento en torno al carbón y el acero; y la Comunidad Europea del Carbón y el Acero, fue su primer hito. Después al Tratado de Mesina, al Tratado de Roma, al Tratado de la Comunidad Europea y finalmente los Acuerdos de Maastrich y la Unión Europea con moneda común, con política exterior común, con un mismo sistema de documentación en pasaportes y con un Banco Central compartido. Faltan otras cosas, una política exterior común, una defensa común y tomará otros años avanzar en esa dirección. En contraste, lo que tenemos acá en América del Sur, porque las aguas están revueltas, es muy diferente; usted me entenderá que si yo no puedo hacer que se den la mano el presidente Chávez y el presidente del Perú, Alan García, elegido por mayoría absoluta, es difícil pensar en un cuadro maximalista.

Estamos ante un cuadro difícil. Si queremos mas integración los presidentes tienen que entenderse y respetarse; tienen que medir sus palabras. Tienen que tener un trato respetuoso unos con otros, porque eso nos hace bien a todos. Volver a ese viejo principio de la no intervención; mis asuntos internos lo manejan los ciudadanos y los deciden libremente y yo no me meto en lo que los ciudadanos de otros países decidan, para que no se metan con los míos. Es la única regla: si yo no quiero intervención en mis asuntos internos, no tengo que hacerla en los asuntos de otros países. Es una regla esencial y aunque yo esté convencido de que tengo la razón y que administro una poderosa verdad,

tengo que ir persuadiendo de esa verdad y no tratando de imponerla.

Esta regla exige que la integración latinoamericana vaya al ritmo del consenso: no va al ritmo de los que quieren más. Pueden haber ritmos distintos, que pueden coordinarse para dar pasos más fuertes, si quieren ellos hacer acuerdos parciales. Pero el conjunto de la integración latinoamericana va a ir siempre al ritmo del consenso de los diversos países. Permítame este comentario general a las diversas observaciones que hizo usted.

P. Distinguido Embajador, quiero hacerle una pregunta relativa a lo que en ámbitos universitarios académicos e intelectuales de la Argentina, se viene sosteniendo en cuanto a que, en base a las buenas relaciones existentes entre Brasil y Argentina, y a la oportunidad que se presenta para que ambos países puedan liderar la unidad sudamericana, dado que reúnen las capacidades y calificaciones para hacerlo, la pregunta es: ¿Existe la necesidad de ese liderazgo? ¿Es perentorio ese requisito para que Sudamérica pueda marcar un rumbo cierto y poder pensar en la comunidad internacional?

R. Yo le respondería primero: si yo miro América del Sur, lo que veo es un solo país que tiene la condición de ser lo que llaman los expertos en relaciones internacionales “global player”, actor global. Este es Brasil por su tamaño, por la magnitud de su economía, por su larga tradición de una política exterior articulada y coherente. Brasil es quizás el único país latinoamericano que ha hecho alianzas y logrado protagonismos globales reales. Por ejemplo. Brasil constituye el principal núcleo para la reforma del Consejo de Seguridad de la Naciones Unidas, juntamente a los países que aparecían como los mayores candidatos. Al final faltó esa operación, pero se asocia con Japón, con Alemania y con la India y los cuatro forman el Grupo de los Cuatro y operan para tratar de cambiar la estructura del Consejo de Seguridad.

Brasil integra el BRIC, un grupo en el que está Brasil, Rusia, India y China, considerado los cuatro países emergentes principales. Brasil impulsa el G20, junto a la India y Sudáfrica. Es el grupo más importante de reflexión que hay en contraposición a los países desarrollados en el marco de la Ronda de DOHA de la OMC y en Cancún desbaratan la prosecución de la política del subsidios, especialmente agrícolas, de los países desarrollados y ponen un punto suspensivo a esa línea, tan largamente aplicada por los países de mayor tamaño. Podría darles numerosos ejemplos más. Brasil es una economía que es territorialmente más del 50% de América del Sur; es una economía que es dos veces más que la Argentina y varias veces más, mucho más de cuatro veces que el resto de las economías vecinas. Entonces, es un mega actor de la región. Argentina, entretanto, es un país que a mi juicio habiendo tenido una posición muy notable en las décadas del diez y veinte en el siglo pasado, cuando llegó a estar entre las siete economías más grandes del mundo, experimentó después de la crisis del 29, un proceso consistente de declinación de sus capacidades económicas y productivas, que a ratos fue revertido, pero luego nuevamente se dieron crisis muy profundas, que fueron mermando cada vez más las capacidades productivas y por tanto, el poderío internacional argentino.

En mi opinión, Argentina es un país mediano y Brasil me parece una potencia emergente y creo que otros países medianos son Colombia, Venezuela, Chile y eventualmente Perú, si recupera su ritmo; los demás son países de nivel más pequeño. Esa es la jerarquía sudamericana; por la vecindad es muy importante el entendimiento argentino-brasileño y, además, por la sociedad que ellos tienen en el MERCOSUR, son los dos grandes frente a los dos socios más pequeños que son Uruguay y Paraguay, Mi impresión, conociendo el pensamiento de sus gobiernos y de sus Cancillerías, es que hay en ellos una genuina autocrítica por haberse desentendido del tema de las asimetrías y en Córdoba

también constaté que el presidente Chávez, cuyo país es el nuevo miembro del MERCOSUR, tiene una preocupación real por enfrentar y resolver el problema de las asimetrías.

P. Sumo mi voz para felicitar al Embajador Maira por su excelente exposición. Tengo una preocupación en relación a los cuatro puntos del grupo de los doce. Al respecto tengo dos inquietudes. La primera se refiere a que se nota que si se dan tantas dificultades de orden político, desde luego resulta claro que no se puede encarar una agenda muy pretenciosa y ahí se menciona solamente el tema de la conectividad, complementariedad energética, el tema de lo social y el de la identidad cultural.

Retomando la exposición suya en la que sostiene que la integración tuvo un corte político en el siglo XIX, un corte más económico con Raúl Prebisch, que desarrolla toda una teoría que hoy se rescata y que induce a concluir que en muchos puntos no ha habido tantas equivocaciones, sobre todo a la luz de la crítica al Consenso de Washington, el fundamentalismo de mercado y el fundamentalismo institucional, lo que me lleva a pensar que sería importante que, además de infraestructura y condiciones de negocios, examinar qué se tiene pensado en el tema del desarrollo económico latinoamericano.

Y al hablar de ello también tendríamos que remitirnos a la capacidad de generación de conocimientos. Curiosamente, en esa historia de generación de conocimientos, aquellos que empujaron un pensamiento propio y que estuvieron en torno al grupo de la CEPAL y otros más, fueron los que permitieron dar un paso hacia la integración latinoamericana. Esto muestra que la calidad en el sentido del desarrollo se hizo sobre un pensamiento, un esfuerzo latinoamericano partiendo de la singularidad a la universalización; es un punto que me llamó la atención. Un segundo

punto. al cual usted hace igualmente referencia en su exposición se refiere a las remesas, que precisó se trata de un subsidio de pobres para pobres, lo que nos indica que la remesa tiene su cara buena y su cara mala. La buena es la del subsidio y la cara mala de la remesa es que involucra todo el problema de la migración. Por un lado, el tema de los derechos humanos, que afecta a esa gente que se van a insertar en segmentos muy precarios sin ningún tipo de protección y la otra cara también de la migración que es el debilitamiento del capital social que implica para estos países la extracción de los mejores recursos del área rural y la desintegración familiar.

Naturalmente, si se incluye esto en el capítulo de lo social que habla de la inclusión social y la desigualdad, probablemente debe estar en el documento y sería interesante que se profundizara más el tema.

R. Comparto también la idea de que tuvimos mucha más fuerza para generar el pensamiento latinoamericano después de 1950 hasta los años 70', preferentemente; fue una época de enorme auge de las ciencias sociales y de cooperación en la región, al mismo tiempo debimos enfrentar un período de América Latina infectada de dictaduras patriarcales y otras de nuevo cuño con una doctrina de seguridad nacional, con lo cual en muchos países no tenían vigencia ni siquiera las libertades básicas. Pero en conjunto estuvimos encarando nuestros problemas con un pensamiento bastante coherente y probablemente el pensamiento latinoamericano de las décadas siguientes a la postguerra, constituyó el pensamiento regional más riguroso que hubo en el mundo de esa época.

Creo que ahora estamos recobrando la capacidad de pensar; eso se traduce en programas y proyectos. Tenemos que ir persuadiéndonos mutuamente, buscando éxitos que constituyan ladri-

llos cuya solidez permita colocar el siguiente en forma más ambiciosa, más amplia, más sólida, de manera de dar mayor impulso y fortaleza a este empeño. En eso estamos. No hay posibilidad de imponerle al otro un proceso de integración. Consideremos que el padre de la integración europea, que fue por seis años presidente de la Comunidad Europea del Carbón y el Acero, Jean Monnet decía: “La integración es sobre todo un proceso de conocimiento de las personas y de persuasión de las personas a través de la amistad; cuando uno logra convencer al otro es que disminuyen los celos, la desconfianza y se pueden examinar con franqueza asuntos comunes que suelen ser muy difíciles de tratar”.

En América Latina tenemos la suerte de que los presidentes se conocen; a veces pelean, pero se conocen. Yo estuve con los organizadores del Grupo de Río en el año 86; amigos mexicanos con los que trabajé y apoyé en ese esfuerzo, me decían una cosa que nunca se me olvidó: “Vamos a crear un mecanismo para que los jefes de Estado se conozcan y puedan verse regularmente, porque en la historia de América Latina, desde la segunda guerra mundial, se juntaron solo dos veces: en 1956, convocados por el Presidente Eisenhower y en 1967 en Punta del Este, convocados por el Presidente Jonson. De los Jefes de Estado que llegaron a Punta del Este ninguno había estado en Panamá. O sea, en América Latina no había una generación de Jefes de Estado que se encontrara más de una vez. Regularmente, hoy día, se juntan los Jefes de Estado, en las Cumbres Hemisféricas, en las Iberoamericanas, en las del Mercosur, en las de América del Sur, en las del Grupo de Río, en las de Europa-América Latina; se hacen amigos, se conocen, son capaces de plantearse cosas a través del teléfono. Tomando el teléfono un presidente desbloquea un asunto que antes se manejaba por conductos diplomáticos, embajadores plenipotenciarios, gente que demoraba semanas y hasta meses en llegar, en barco o por carruajes de un lugar a otro.

Estamos en un mejor momento y se debe apostar a estos presidentes que hoy día se encuentran seguidos y que saben, porque recorren sus países que tienen que dar cuenta democráticamente de sus acciones y logros o pierden el poder.

Encuentran seguidos y que saben, porque recorren sus países, que tienen que dar cuenta democráticamente de sus acciones y logros o pierden el poder.

Pero permítaseme agregar algo más sobre aspectos que quedaron pendientes. Por una parte, creo que los países en su conjunto no son parecidos, que hay que buscar países vecinos para encontrar semejanzas y, por tanto, se dan distintos ritmos en los procesos de cooperación.

En cuanto a las remesas, no es una cosa buena, es una desgracia, porque los países experimentan el efecto de una especie de selección darwiniana de las especies; diversos países latinoamericanos están mandando su gente, más creativa, con más empuje a los países desarrollados y en particular a los EE.UU.: es la flor y nata de los líderes sociales, la mejor gente de la sociedad mexicana va a EE.UU., porque son los capaces de hacerse el plan de buscar los recursos; porque intentan una, dos, cinco veces o más para cruzar la frontera e introducirse a este país en busca de una oportunidad.

Una vez allí, desenvuelven toda su capacidad de supervivencia en un país tan difícil como Estados Unidos hasta conseguir lo necesario para poder subsistir con sus familias y remitir recursos a sus familiares de quienes se ha separado, con todo lo que esto implica y que aquí se ha señalado. No se trata de hacer un elogio de la remesa, es un reconocimiento de que es un fenómeno que amortigua el conflicto social. América Latina sería otra, con explosiones sociales mucho mayores, si no se hubiera transferido

esta cantidad de recursos que fluyen desde el norte y que van creciendo cada año; si se considera que llegan a 40 mil millones de dólares cada año - solo en México serán en 2006, 23 mil millones - estamos hablando de un factor a considerar en el diseño de cualquier examen del conflicto y del enfrentamiento social; y que hace una diferencia.

P. Embajador Maira, partiendo de la premisa presentada en su brillante exposición de que el MERCOSUR se nos desarma, cabría formularse la siguiente hipótesis: ¿la no concreción del ALCA prevista para el 2005, constituye un factor adverso para el alcance real y efectivo del MERCOSUR? Es decir, ¿existe una ecuación directamente proporcional entre el desarme del ALCA y el desarme del MERCOSUR? Sencillamente, quiero levantar esta hipótesis en consideración de que hemos tomado cuatro puntos de preocupación para la guerra contra el terrorismo en la agenda de los EE.UU. y de comprobarse esta hipótesis, ¿no representaría un quinto punto a considerar?

R. Sus comentarios son muy complejos y exigiría una larga discusión y todos tendríamos muchos criterios que manejar aquí. Es que el ALCA es un proyecto que en su expresión original se desbarató en la reunión de Cancún hace unos tres años. Allí se dieron algunos desacuerdos entre los países mayores, encabezados por Brasil, Argentina y Venezuela con EE.UU. que tenía a un grupo de países mas cercanos a su propuesta a la cabeza. En tal circunstancia, EE.UU. cambió la idea del ALCA como un área que iba “desde Alaska hasta la Patagonia” que era el diseño del presidente Bush padre, cuando lanza la Iniciativa de las Américas. que es el inicio de la reflexión del ALCA en EE.UU. Luego, ante el rechazo de países importantes Washington flexibiliza la idea y acepta tratar distintos proyectos con países o grupos de países, a los que les interesa y en la reunión de Mar del Plata, en los países reunidos en la Cumbre Hemisférica, dejan esto a la decisión de cada país.

El Presidente Ricardo Lagos, que es un estadista muy articulado y consistente, dijo algo muy lúcido en esa reunión. Señaló que más que el ALCA como proyecto único un Acuerdo de Libre Comercio con Estados Unidos es un tema que tiene mucho que ver con los mercados internos de cada país. Hay países que pueden planear su desarrollo industrial sobre la base de un mercado interno de 180 millones de habitantes como en el caso del Brasil o de 40 ó 38 millones de habitantes como en el caso de Argentina o Colombia; otros como Chile a la altura de los 15 millones tienen dificultades para sustentarse solo en el desarrollo de un mercado interno y tienen que pensar en mercados globales. Finalmente hay países muy pequeños que no tienen posibilidad alguna de desarrollarse, teniendo como eje fundamental a sus consumidores domésticos. Entonces, concluyó: no hay una regla absoluta en esto y las opciones tienen tanto relativismo como los países que las hagan de acuerdo al tamaño de sus mercados. Nosotros, los chilenos, dijo, hemos optado por el regionalismo abierto, hacemos el máximo de acuerdos de libre comercio de los que seamos capaces y nos ha ido muy bien con ello; tenemos hoy los mejores indicadores sociales de la región: la menor mortalidad infantil, la menor tasa de analfabetismo, la mayor cobertura escolar, un sistema de salud que está funcionando mejor; todo porque hemos logrado un progreso generalizado en nuestra economía y, entonces, nos ha convenido abrirnos al mundo: tenemos 54 países con los que hemos suscrito acuerdos de libre comercio, uno es E.E.UU.: con ello no nos hacemos dramáticamente dependientes del mercado norteamericano cuando tenemos un gran número de países con los que tenemos acuerdos de libre comercio: con China, con Corea del Sur, el primero que este país hace en su historia; ahora con Japón, con los 27 de la Unión Europea y con todos los países de América Latina. En la medida en que uno tenga muchos acuerdos internacionales, cada pieza individual es un complemento del que uno dispone. Si uno cuenta con un solo acuerdo de comercio, el grado de vulnerabilidad se puede volver más preocupante.

Todo esto es mucho más complicado y relativo que un discurso ideológico de plaza. Cancelemos entonces los discursos ideológicos, dijo el presidente Lagos veamos con flexibilidad el interés de cada uno y respetemos mutuamente las decisiones que cada país adopte. Brasil no quiere un acuerdo de libre comercio con Estados Unidos tiene su derecho. Venezuela no lo quiere, es su derecho. Argentina tampoco, es su derecho. Otros los quieren, que lo hagan. El regionalismo abierto no es un obstáculo a los procesos de integración latinoamericana, si permite grados de flexibilidad y compatibilidad y eso tienen que decirlo todos los países latinoamericanos. Yo no he escuchado una sola palabra entre los doce representantes presidenciales que nos reunimos en Montevideo de que los que tengan un acuerdo con los EE.UU. no pueden entenderse entre sí como sudamericanos.

Debe ser al revés, que cada uno fije su estrategia internacional y vaya radicando intereses sustantivos, ojalá cada vez mayores, en el área geográfica en que vivimos, en nuestra región. Así que yo no creo que haya un antes y un después; el ALCA cambió de naturaleza y no es un proyecto global, no lo va a ser nunca más. Hay países que toman una opción de libre comercio con Estados Unidos; la hacen en función de cómo evalúan su interés nacional. Si llegan a un entendimiento y a su gente no le gusta, tendrán que pagar el precio de la desautorización y experimentar la alternancia en el poder; si a sus ciudadanos les conviene este tipo de iniciativa podrán proyectarse en el poder y llevarlas adelante.